

TE TRAERÉ A CASA

RAQUEL ARBETECGA



TE TRAERÉ A CASA

TE TRAERÉ A CASA

RAQUEL ARBETECGA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Raquel Arbeteta, 2021

©Ilustración: @Einic, 2021

©Ediciones Dorna, 2021

www.edicionesdorna.com

Impreso en España por Podiprint

ISBN: 978-84-122853-7-6

IBIC: FR

Aviso de contenido sensible: ninguno destacable.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible contáctanos en nuestro Twitter [@EdicionesDorna](https://twitter.com/EdicionesDorna) o nuestro Instagram [@edicionesdorna](https://www.instagram.com/edicionesdorna).

A mi hermana Andrea, que siempre ha estado ahí

PRÓLOGO

CANCIÓN DE SANGRE

*Sé
qué me hace pequeña,
qué devora lo que siento,
qué me despierta,
por qué me mantengo
muerta
y a qué huele el miedo.*

Termino de tocar y alzo la vista al público. Hasta los borrachos más ensimismados en su podredumbre o en los sexdroides que pasan a su lado se esmeran en golpear las copas contra las mesas del bar. Les ha encantado.

No me acostumbro a que a la gente le guste lo que hago, a pesar de que este público no es precisamente un experto en arte. Pero son críticos. Los que más, diría. Si a un hombre con tres combinados Ambrosía no le gusta lo que oye, te lo hará saber. Y bien claro.

Me acerco al micro y anuncio que voy a hacer un descanso. Algunos se quejan, pero Taŭra enseguida activa los altavoces y una suave música neotecno llena el establecimiento. Recojo mi guitarra, bajo las escaleras y me acerco a la barra.

—Esa última ha sido preciosa —me felicita Taŭra al otro lado—. ¿Nueva?

—Sí. No estaba muy segura, pero al final me he arrancado con ella. ¿Suena muy triste?

La camarera se echa a reír y me sirve lo de siempre. La copa se llena de un líquido negro que va degradándose hacia el rojo según asciende.

—Como todo a lo que nos tienes acostumbrados, Lyra.

Sonríó y le dejo una moneda sobre la barra, aunque sé que no la cogerá. Me quedo mirando el líquido mientras Taŭra atiende a un par de tambaleantes amigos que parecen desesperados por invitarse mutuamente. Mi bebida parece sangre coagulada y sabe tan mal como suena. La pido porque me recuerda a ella. Beberla era más dulce, pero provocaba la misma resaca.

—Eh, artista. Mis felicitaciones.

Me giro. Un tío se ha sentado en el taburete contiguo y me dedica una sonrisa deslumbrante. Demasiado guapo y sobrio para un antro así. Me pongo en guardia y trato de recordar en qué bolsillo de la chaqueta llevo la pistola.

—Gracias —respondo.

—Ha sonado muy autobiográfico.

—Todo lo que se canta lo es. Un poco, al menos.

—Pues entonces, lo siento. —Es rápido. No advierto que quiere tocarme hasta que siento su mano sobre el hombro—. Has tenido que sufrir mucho.

Me sacudo su brazo de encima y vuelvo a centrar la atención en mi copa. No sé qué quiere, pero algo me dice que no me desembarazaré de él tan fácilmente como lo hago con los beodos melancólicos a los que acaba de dejarles la mujer.

—Sé quién eres —continúa hablando, solo que más bajo—. Y sé qué te pasó. A ti, a ella.

Me quedo quieta. No muevo un músculo. El negro y rojo de mi copa han comenzado a entremezclarse. Pronto solo quedará un solo tono oscuro y sin sentido.

—No sé de qué dioses me estás hablando.

—Sí lo sabes. Tranquila, no he venido aquí a hacerte daño, más bien todo lo contrario. Traigo información.

Intento concentrarme en acciones pequeñas. Estirar los dedos, separar las palmas sudadas de las rodillas, acercar una a la copa de cristal, aferrarla, deslizarla hacia el borde de la barra, alzarla hasta los labios, tragar.

—No sé qué información crees que necesito.

—Pues quién le hizo...

—Sé quién hizo qué —le corto—. Lo sé *sátiricamente* bien.

—No. No lo sabes, o no estarías aquí. —Se ríe—. Eso, o bien no la querías lo suficiente.

Me giro. Es breve, pero observo con placer cómo una punzada de miedo destella en sus ojos cuando le miro.

—Disculpa —se apresura a murmurar. Aunque sonrío. El idiota sonrío—. Era para que despertaras. Llevo escuchándote mucho tiempo y hoy, cuando te he visto allí arriba tocando, me has parecido otra persona diferente. Ahora lo he visto.

—¿El qué?

—Que sí que estarías dispuesta a bajar al infierno por ella.

Cierro los ojos. La copa enfría todavía más mis yemas aplanadas y llenas de callos.

«Sí. Lo haría».

—No creo en fantasías —mascullo—. Está en un lugar al que le prometí no llegar todavía.

—A eso me refiero. Te equivocas.

Decido terminarme la copa y no darle más bola. Estoy acostumbrada a oír tonterías cada noche, aunque suelen ser más inofensivas.

—¿Y bien? ¿No quieres oírlo?

—¿Qué quieres? —salto. La paciencia no es mi fuerte—. ¿Quieres engañarme para quedarte con todo lo que tengo? Te adelanto que no nado en dinero y tú no parece necesitarlo. ¿Lo haces para humillarme? Dikê ya está muerta. Cualquier satisfacción sádica que busques será una pérdida de tiempo.

—Soy uno de los Doce.

Arqueo las cejas. Mi primera reacción es reírme en su cara, pero, observándolo mejor, puede que sea cierto. Ha tratado de pasar desapercibido en el bar con un abrigo desgastado y botas llenas de barro, aunque la ropa por debajo es de calidad, hasta parece hecha a medida. La piel de su rostro es tersa, limpia, sin rojeces ni ojeras. No le falta

ningún diente ni extremidad y se mueve seguro de sí mismo, embebido de poder y seguridad. Puede que sea uno de los doce jefazos o, al menos, un subalterno con mucha autoridad. Podría dispararme en la cara y ocultar el crimen con solo un chasquido de dedos.

Tampoco es que fuese a quejarme.

—¿Y crees que diciéndome que eres de la mafia me voy a fiar más de ti? —le pregunto tratando de aparentar calma—. Si lo eres, con más razón desconfío. Sois todos un atajo de cerdos corruptos que se aprovechan de la miseria de los bajos fondos.

—En eso te equivocas, querida Lyra. —Se ríe—. También nos aprovechamos de los barrios altos.

No puedo evitar sonreír, aunque dura poco. Por su apariencia y humor, podría ser Nysos, el Doce más nuevo, el menos podrido y más cercano a las calles. Imposible estar segura, jamás le he visto. ¿Qué haría uno de los mandamases en el Ragweed?

«¿Qué pretende este tío?».

—Hablabas de «información» —musito tras volver a beber de la copa—. Suéltala y lárgate.

Él asiente, sin encogerse ni un poco por mi tono brusco. No sé si está jugando conmigo, pero no lo parece. Ya ha borrado esa estúpida sonrisa de la cara. Se pone serio y se aclara la garganta antes de responder en voz baja.

—Tu chica no está muerta, aunque es como si lo estuviera, porque le queda poco tiempo... Pero aún puedes ir a por ella. Sé dónde está.

El hielo que revestía la copa se ha derretido y el agua hace que se me escurra de entre los dedos, flojos. El vaso cae contra la barra y, aunque no se rompe, libera el contenido por toda la superficie. El rojo oscuro forma un charco que llega hasta el borde. Empieza a gotear.

—Lo digo en serio —susurra él, haciendo caso omiso a mi reacción—. Se llevaron a Dikê, sí, y podrían haberla matado.

Así lo creíste. Y lo harán, tarde o temprano, solo que antes van a usarla. ¿Sabes cuál es el complejo Inferno?

No puedo hablar, así que asiento con la cabeza.

—Así que habrás oído hablar también de los que mandan allí, a los que llaman Rey y Reina.

Vuelvo a asentir.

—Algunos de los Doce están invirtiendo en ingeniería mental. Por supuesto, para capitalizar una forma de manipular la mente y la memoria —continúa. Lo dice como si nada, aunque se le nota hastiado—. Lo están llevando a cabo en Inferno. Tu chica es sujeto de pruebas.

—¿Por qué...? —Cierro los ojos un segundo y cojo aire—. ¿Por qué debería creerte?

—Porque soy el más nuevo de los Doce y parece que hayan olvidado por qué empezamos todo esto. Lo esencial de nuestro control sobre la ciudad. —Le hace un gesto a Taŭra de lejos y deja una moneda sobre la barra—. Fiesta, música y alcohol. Y, como ves, no estoy ebrio.

Tampoco puedo sonreír. Solo asentir, al parecer. Me he vuelto una muñeca de repetición, pero es que siento que he olvidado cómo moverme. Cómo reaccionar. Qué hacer.

—¿Lo harás? —insiste.

—¿Por qué me ayudas?

No sé cómo puede haberme entendido con lo bajo que he hablado, pero se me acerca al oído y responde:

—Me gustaban más las canciones que hacías antes. Cuando estabas con ella.

—Pues debes de ser el único —ironizo.

—No. —Se separa y me mira a los ojos, serio—. El único, no.

CAPÍTULO 1:

PALABRAS DEL ORÁCULO

*El oráculo ya predijo
el final de este amor.
Y, aun así,
aun así, voy a caer,
una y otra vez,
al abismo
para buscarte
y devolvarte a casa.*

Dikê fue la primera persona que aplaudió una de mis canciones. Ya nadie utilizaba ese gesto para mostrar admiración y mucho menos en Ampithea, a esa hora y en esa calle, en ese barrio, en la peor zona de nuestra ciudad infernal de humo y neón.

Al principio no supe si se trataba de un acto irónico, así que mi respuesta fue arquear una ceja y mascullar un «gracias» que sonaba más a pregunta que a afirmación. Sin embargo, ella se rio, se acercó a mí y lanzó dos monedas al casco que reposaba en el suelo.

—Me ha gustado mucho, de verdad —me aseguró—. ¿Aceptas peticiones?

—Eh, sí, claro —respondí—. Otra cosa es que destroce la canción que me pidas. —Hice una pausa. Parecía de mi misma edad, y yo no estaba muy familiarizada con la música actual ni tenía acceso a ella—. Aunque puede que ni siquiera la conozca.

—Es antigua, nunca la he escuchado a guitarra. Ni en directo.

No se me daba nada mal transformar las viejas canciones de sintetizador en tonadillas tristes, así que asentí y afiné

mejor las cuerdas. Mientras lo hacía, la chica esperó paciente con la vista fija en el mástil para no mirarme directamente, por eso aproveché para observarla yo a ella.

Era alta y tenía el pelo corto teñido de caoba. La luz de neón del puesto de empanadillas calientes junto a nosotras hacía resaltar destellos de rojo intenso. El maquillaje enmarcaba unos ojos negros y pequeños y acentuaba su forma gatuna. Pestañas largas y muy rectas, el cuello delgado expuesto al aire caliente de esa noche de verano. Unas perlas de sudor hacían brillar con más intensidad el iluminador que revestía la piel descubierta por el uniforme. Era el de los Doce: una chaqueta de cuello *mao* de microfibra dorada y pantalones y guantes del mismo material, entallados y relucientes.

—Ya está —anuncié al terminar de afinar—. ¿Y bien? ¿Cuál es la canción?

—*Palabras del oráculo.*

Alcé las cejas. Me había dicho la verdad, era una canción desfasada. Recordaba oírla de niña; no dejaba de sonar en la tartana que había usado mi padre antes de unirse a la mafia que gobernaba la ciudad y transformarse en un desconocido. Es decir, hacía un siglo.

Comencé a tocar sin mediar palabra. Tras el largo inicio instrumental, me arranqué a cantar. No estaba segura de si la letra era así palabra por palabra. Si no lo era, creo que la mejoré. Al menos eso me dijo ella después. Pronto el poema se transformó en una confusión de sílabas repetidas, aunque no recordaba haberme atrevido con el scat antes. Había transformado sin querer esa canción tecno en un *blues* menos alegre de lo que era en origen, pero, cuando terminé, Dikê aplaudió de todas formas.

—Lo siento, creo que no era así...

—¡La has mejorado! —exclamó. Se me quedó grabado—. Y no pensé que eso fuera posible. ¡Adoro esa canción!

—Vaya, pues gracias.